

## Sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje en Ciencias Sociales

por Luis Aznar\*

Como no podía ser de otra manera, dadas las múltiples y complejas condiciones que afectan negativamente al sistema educativo, en nuestra Facultad los discursos del malestar son varios y en parte contradictorios.

Veamos esto con un poco más de detalle. Los docentes nos quejamos, entre otras cosas, por las condiciones de trabajo, por los salarios y por las falencias de los estudiantes. Y en una relación en buena parte especular, en términos del último tema mencionado, los estudiantes se quejan, también entre otras cosas, de las falencias de los profesores.

Soy consciente de que éstos no son los únicos temas conflictivos; digo solamente que son sobre los que argumentaré en estas páginas. Pero además me concentraré en mi visión como docente dejando lo otro para los estudiantes. Algo de división del trabajo siempre estimula y sienta bien.

Comienzo por señalar que, desde mi perspectiva, las Ciencias Sociales deben cumplir con una función de crítica de las estructuras y procesos predominantes y de los discursos sistemáticos y científicos sobre dichas estructuras y procesos. Y también sobre las consecuencias empírico-históricas de los mismos sobre las condiciones de existencia social de los diferentes grupos sociales. Es por esto que creo que el proceso de enseñanza-aprendizaje debe generar y transmitir una actitud de análisis crítico indispensable. Los estudiantes deben poder ejercer la crítica para convertirse en lo que entre nosotros se conoce como lectores críticos y Umberto Eco llama "lectores sagaces" ("... quienes durante siglos han querido y sostenido esta Abadía estaban firme y santamente persuadidos de que incluso en los libros que contienen mentiras el lector sagaz puede percibir un pálido resplandor de la sabiduría divina. Por eso, también hay esa clase de obras en la biblioteca...")<sup>1</sup>

Pero a fin de lograr esto los estudiantes primero tienen que aprender y para ello tienen que leer. Y uno de los problemas que se articula centralmente a nuestro malestar, desde el punto de vista de los docentes, es que muchos estudiantes no tienen ni siquiera capacidad de lectura. Así de sorprendente y así de grave. El punto es qué hacer ante esta difícil situación. ¿Debe la Universidad hacerse cargo de esta falencia de los niveles educativos precedentes? ¿Puede la Universidad hacer tal cosa? Me parece claro que, sobre todo en las actuales circunstancias, ni debe ni puede si es que quiere seguir nombrándose Universidad.

### La masividad en el contexto actual

Que la Universidad de Buenos Aires es -sobre todo en el caso de alguna de sus Facultades- una universidad masiva es un hecho objetivo. En otra oportunidad se podría argumentar sobre las bondades o dificultades del mismo. En esta ocasión me limitaré a mencionar algunas de sus consecuencias tomando en consideración lo señalado en el punto anterior.

Suponiendo que las notas finales expresen con cierta aproximación tanto el esfuerzo realizado por los alumnos como el de los docentes y auxiliares me da la sensación de que la situación actual nos deja algunas enseñanzas interesantes. Es que, en promedio, en un curso de cien alumnos la distribución de las notas es más o menos la siguiente, con excepción de aquellas cátedras en las que, a la usanza del *Cambalache* de Discépolo "no hay aplazados ni escalafón... lo mismo un burro que un gran profesor": 20 alumnos obtienen entre 7 y 10 puntos; 50 alumnos obtienen entre 4 y 6 puntos; 15 alumnos obtienen menos de 4 puntos; 15 alumnos abandonan la cursada.

Tiende a suceder que los 20 alumnos con notas más altas son los que durante el cuatrimestre participan más en clase, siguen a los docentes por el pasillo discutiendo algún texto, pidiendo más bibliografía, etcétera.

---

<sup>1</sup> Eco, Umberto (1987): *El nombre de la rosa*, Buenos Aires, Editorial Lumen-De La Flor, pág. 50.

Nos guste o no, nos parezca injusto o no, otro hecho objetivo de esta situación es que ese 20% es el que aprovecha fundamentalmente el trabajo y el esfuerzo de los docentes y auxiliares.

Pero no nos olvidemos que, además, de ese grupo seleccionamos posteriormente a los ayudantes, reclutamos los miembros más jóvenes de los equipos de investigación, que luego apoyamos para que consigan becas, etcétera. De esta manera, las Facultades procesan la masividad mediante una dinámica que tiene sus propias reglas de juego, tanto formales como informales.

La pregunta, y mi preocupación, es si esto es una solución o solamente una forma de seguir pateando la pelota hacia adelante. Porque al final de la calle no se extiende *ad infinitum* el campo de juego, sino que se levanta una pared de sólidos ladrillos: la consistente realidad, ésa que es la única verdad como solía decir un general de la nación y experimentado director de sectores masivos de la sociedad. Y la realidad de la sociedad del conocimiento es cada vez más exigente en cuanto a la calidad del mismo. ¿Estamos hoy en condiciones de ofrecerles a nuestros alumnos esa calidad? Me temo, por lo señalado hasta ahora, que no a todos.

### **¿Qué hacer?**

Como todos sabemos, un mecanismo posible y usualmente utilizado es seguir como hasta ahora: trabajando con y para los cursantes que muestran mejores condiciones. Pero seamos conscientes de que cada año aumenta el porcentaje de ingresantes a la UBA que provienen de colegios secundarios privados. La correlación de este hecho con el rendimiento en la universidad no es perfecta, pero sí importante. Por ejemplo, estos sectores tienden en general a tener un buen manejo de segundos y terceros idiomas lo que les permite acceder a bibliografía más reciente sin tener que esperar, a veces años, por una traducción que no siempre es buena.

Tienden además a tener mejores rendimientos en matemáticas, que como sabemos presenta una fuerte relación con el pensamiento lógico y abstracto. Con esto no quiero pasar por descubridor de lo que ya es sabido: que la UBA es mayoritariamente una universidad de clase media y media alta, cuya lógica de funcionamiento tiende a reforzar este hecho. Que no es malo por definición, pero que debe ser analizado e interpretado. Sobre todo pensando en los sectores que no presentan estas características. Y en relación con esto es necesario volver la vista hacia el Estado en términos de responsabilidades y posibilidades: el mejoramiento de la enseñanza preuniversitaria pública es su responsabilidad institucional y en términos de posibilidades económico-financieras no veo otro actor que pueda intentar tener éxito en esta tarea. Pero es claro que la temporalidad nos juega en contra ya que suponiendo que el Estado mejorase la situación esto sería en términos de mediano y largo plazo.

Por lo tanto, queda por enfrentar el tratamiento de la coyuntura y el corto plazo. Pienso que solamente a través de una discusión abierta, pluralista y sin presiones poco democráticas será posible esbozar algunos principios de solución. Las autoridades de las Facultades y de la Universidad -cuando las haya- tienen en este nivel una responsabilidad mayor que deben afrontar directa y ordenadamente sin dilapidar más tiempo. Alumnos y docentes deberemos también estar ahí sin mezquindades ideológico-valorativas ni pragmatismos acomodaticios, aportando saber y experiencia y tratando de procesar productiva y activamente esta crisis.

\* *Profesor de Teoría sociológica y Sistemas políticos comparados en la Carrera de Ciencia Política.*  
Revista Ciencias Sociales 64 -UBA- setiembre de 2006